

ELECCIONES ITALIANAS

Italia, laboratorio de la modernidad política

Rosend Domènech Matilló / Periodista

Estado de la cuestión

La victoria del centroderecha en las elecciones generales del pasado 13 de mayo ha transformado Italia en un laboratorio sobre el futuro de la política, tanto conservadora como progresista. La circunstancia es independiente de las razones personales e internas por las que 11 millones de electores apostaron por Silvio Berlusconi, líder de la coalición ganadora.

En ese laboratorio territorial, que ya lo fue otras veces en la historia (el concepto de plaza, las ciudades-Estado, los cheques bancarios personales...), se está por experimentar una mezcla de recetas económicas neoliberales. Recetas quizás no muy diversas de las que ya se aplican en Europa, pero que en Italia van arropadas con fuertes acentos neopopulistas, amplificadas gracias a una concentración mediática en manos del gobierno nacional única en el mundo. Se trata de un neopopulismo que en su diálogo con los ciudadanos usa una sobredosis de argumentos antipolíticos, justificados en nombre de la eficacia económica y del bien del Estado y de la Patria.

Habrà que ver el impacto que tales medidas producirán cuando se apliquen, en un electorado que participó de manera más visceral que racional en el juego psicológico, social y político de unos comicios transformados en un apasionado referéndum, en favor o en contra de un candidato a primer ministro que no se parece en nada a los líderes políticos del reciente pasado y del presente de Europa. En su último libro, *Les populismes dans le monde* (Fayard), el politólogo francés Guy Hermet, ya conocido en España por sus estudios sobre la guerra civil y el régimen franquista, considera que los populismos modernos transforman a los defensores de la antipolítica, que hablan en nombre y por cuenta del pueblo, en políticos con éxito y con poder. «Hay que acabar con ese teatrillo de la política», repetía frecuentemente el candidato Berlusconi a sus electores, que aplaudían enardecidos.

Frente a una inédita personalización y simplificación del desafío electoral y ante una oferta política seductoramente empaquetada por la coalición de centroderecha, los partidos que integran la izquierda y el centroizquierda italiano mostraron una evidente falta de preparación e incapacidad para adecuar la escala tradicional de valores – fundamentalmente válidos– de la que eran portadores, a las exigencias o expectativas de una sociedad moderna. Una sociedad ya despojada ideológicamente del corsé ideológico de la «guerra fría», pero suplantado por otras ideologías no menos sometedoras. Un mundo donde el «yo» ha sustituido, para bien y para mal, la anterior cohesión social armonizada en torno a una visión marxista de la realidad.

Esta es la primera vez que, en Europa y en un Estado del Occidente rico, un protagonista del capital administra directamente la política. En el pasado lo intentaron a

su manera Bernard Tapie en Francia, Mario Conde en España y Ross Perrot en los EEUU, pero fracasaron en su intento por rechazo del sistema o de los electores.

La victoria electoral del centroderecha y personal de Berlusconi alcanzada este año es diferente de la de 1994, porque tanto los partidos que integran la coalición como su líder conocen mejor los mecanismos parlamentarios, los engranajes del gobierno, y porque, como dice Berlusconi, cruzando «el desierto de la oposición» han madurado. En este contexto, careciendo aún Occidente y sobre todo Europa de clases políticas conservadoras homologadas con la coyuntura mundial –centrada en la mundialización de la economía–, las ideas del magnate milanés le convierten en un óptimo y, por ahora, hipotético aliado de las nuevas teorías económicas. Habrá que ver hasta donde llegará su gobierno y en qué condiciones. Por ahora, el único aliado natural y operante con el que puede contar en la Unión Europea es el gobierno español de José María Aznar, aunque éste no reúna ni lejanamente las peculiares características del ejecutivo italiano. Con el gobierno británico de Tony Blair podrá flirtear sólo en lo que se refiere a algunas políticas europeas.

Además de las citadas diferencias, entre las elecciones de 1994 y las del 2001 hay otras dos que son decisivas: la Casa de las Libertades ha obtenido una mayoría más amplia que entonces y, dentro de la coalición, el partido Forza Italia de Berlusconi se ha reforzado respecto y en perjuicio de sus aliados.

Los resultados electorales

La ley electoral italiana prevé que el 75% de los escaños parlamentarios se elijan por el sistema mayoritario uninominal y el restante 25% por el sistema proporcional.

La coalición conservadora obtuvo en mayo pasado el 45,4% de los escaños por el mayoritario de la Cámara (Congreso) y el 42,5% del Senado. La coalición progresista, reunida entorno a El Olivo, consiguió respectivamente el 44,3% y el 38,7%.

El análisis del 25% de los escaños proporcionales arroja una mayor claridad sobre el panorama político inmediato. Sólo cinco partidos obtuvieron el mínimo del 4% de los votos requeridos para entrar en el Parlamento, lo que según los sociólogos constituye una prueba de la polarización del voto en sentido mayoritario. Fueron Forza Italia (FI), los Democráticos de la Izquierda (DS), La Margarita (coalición de los centristas de El Olivo), la extrema derecha de Alianza Nacional (AN) y la extrema izquierda de Refundación Comunista (PRC). No entró la Liga del Norte, aliada del centroderecha, porque alcanzó sólo el 3,9% de los votos.

Forza Italia obtuvo el 29,4% de los votos totales, convirtiéndose en la principal vencedora de las elecciones. Ganó 8,8 puntos más respecto al resultado de 1996 (20,6%), 13 puntos de diferencia sobre el segundo partido, el de los DS (descendiente del PCI y sucesivamente del PDS). Este último grupo bajó al 16,6%, o sea a 4,1 puntos menos del resultado de 1996. Un mínimo histórico para el que fue el mayor partido comunista de Occidente (36% en 1976).

En cifras absolutas, votaron a Forza Italia casi 11 millones de electores (3 millones más respecto al 1996) y otros 6 millones votaron a los DS (1,8 millones menos).

En el tercer puesto y con un 14,5% de los votos, se situó La Margarita, que se presentaba por primera vez formando una coalición de los cuatro partidos centristas, ya existentes, de El Olivo: los Democráticos (fundado por Romano Prodi), Partido Popular Italiano (PPI, descendiente de la Democracia Cristiana), Unión Democrática Europea de Unidad Republicana (UDEUR, fundado por el ex presidente de la República, Francesco Cossiga) y Rinnovamento Italiano (RI, fundado en 1996 por Antonio Maccanico y Lamberto Dini).

En el cuarto lugar y con el 12% de los votos se situó Alianza Nacional (AN), surgida en 1995 de las cenizas del todavía fascista Movimiento Social Italiano (MSI), fundado en los años cincuenta por Giorgio Almirante, ex militante de la República de Saló, creada en el norte de Italia por Benito Mussolini hacia el final de la II Guerra Mundial. Respecto a 1944, AN perdió 4 puntos, equivalentes a 1,4 millones de votos.

El último partido político que entró en el reparto proporcional de los escaños del Parlamento fue Refundación Comunista, que consiguió el 5% de los votos. En 1996 había obtenido el 8,6%, pero sucesivamente el PRC se había dividido en dos, dando a luz al Partido de los Comunistas Italianos (PdCI) de Armando Cossutta, que, al contrario de Refundación, participó en el gobierno progresista de El Olivo. El PdCI obtuvo en el pasado mayo el 1,7% de los votos, de manera que ha entrado en el Parlamento sólo gracias a los candidatos que presentó en la parte mayoritaria de los escaños.

Análisis del voto

El pasado mayo votó el 81,2% de los electores para el Congreso y el 81,3% para el Senado. De manera que respecto a 1994 el abstencionismo aumentó sólo un 1,7%, mucho menos de cuanto habían previsto los sondeos de opinión de la víspera y de cuanto había sucedido realmente en las generales de 1996 y en las europeas de 1999. Según el Observatorio Electoral de la Universidad de Pavía, el electorado italiano sufre un síndrome de «abstencionismo intermitente», por el que decide si acudir más o menos a las urnas en función de una idea personal sobre la importancia de los comicios. En esa circunstancia se movilizaron, respecto a las elecciones europeas de 1999 –las últimas celebradas con anterioridad–, seis millones más de votantes. El sociólogo Renato Mannheimer atribuyó el hecho a una campaña electoral «fuerte» (polarizada entre dos candidatos y dos electorados variada y apasionadamente motivados) y «fácil», o sea, simplificada respecto a los contenidos («sí o no a Berlusconi»). Esa mayor afluencia a las urnas fue más acentuada entre los electores vinculados al centroizquierda: respecto a las europeas de 1999, en Milán votaron en las generales de mayo 140 mil electores más, 20 mil de ellos a favor del centroderecha y 80 mil a favor del centroizquierda.

Los centros italianos que han analizado el voto del 13 de mayo coinciden en subrayar que no se ha producido ningún trasvase significativo de sufragios entre las dos coaliciones que competían. Es decir, que el electorado es políticamente fiel. Cifras en mano, una de las mayores sorpresas ha sido que el centroderecha ganó los comicios obteniendo algunos votos menos que en 1996, cuando los perdió. La victoria se explica por la diferente distribución de los resultados en el territorio de la península: se necesitan más votos para ganar en un colegio del norte que en uno del sur y es precisamente en el Norte donde el centroizquierda recuperó consensos (inútilmente, a

efectos del resultado) y es en el sur donde el centroderecha cosechó más sufragios (y con más provecho).

Contrariamente a lo que podría parecer en una época como la actual, el voto italiano en las últimas generales ha sido «voto de clase», como recordó Stefano Draghi, profesor de Metodología de las Ciencias Sociales en Milán. En el norte, el 60% de los trabajadores autónomos votó por el centroderecha y el 30% por el centroizquierda. En el sur, el 55% de los autónomos dio su voto al centroderecha y el 33% al centroizquierda. En cambio, mientras que los trabajadores empleados del norte votaron a favor del centroizquierda con 8, 9 y 10 puntos por encima del centroderecha, según las localidades, en el sur los empleados, técnicos y obreros no especializados votaron masivamente por el centroderecha, con porcentajes de hasta 15-20 puntos por encima del centroizquierda. «¡Socorro! Italia se me rompe en dos», decía un preocupado Berlusconi en una viñeta postelectoral al constatar la neta división electoral del país. Los análisis reflejan que las clases medias-altas (empresarios, artesanos, comerciantes) tanto del norte como del sur votaron a derecha, mientras que sólo los empleados, técnicos y obreros del norte dieron su confianza al centroizquierda, porque en el sur se comportaron como las clases medias-altas.

En las pasadas elecciones votaron por primera vez tres millones de jóvenes. Fueron tantos porque, contrariamente a los hábitos nacionales (nueve meses de vida para los gobiernos), la legislatura agotó los cinco años previstos, por lo que aumentaron los novatos. El Observatorio de Pavía, el Instituto Cattaneo y varios sociólogos que han analizado el voto de los jóvenes han concluido que éstos no han aportado ninguna novedad. «Han votado siguiendo los mismos criterios de los adultos», explican, exceptuando la constatación de una ligera tendencia a conceder el voto a las listas minoritarias que, por ser tales, proponen programas y mensajes más concretos confeccionados para segmentos precisos de la población.

Con una polarización de la campaña en torno a las dos grandes coaliciones, el porcentaje de votos al que podían aspirar las listas minoritarias oscilaba entorno al 10%. Interesante, de haberse presentado una sola lista de ese tipo, pero totalmente desperdiciado al haber tenido que disputárselo entre varias. El Centro Cristiano Democrático (CCD) y el Centro Democrático Unido (CDU), dos formaciones surgidas en 1993 al disolverse la Democracia Cristiana, sacaron en conjunto un 3,2% contra el 5,8% del 1996. Los Verdes, que no se aliaron con los partidos centristas de El Olivo, sino que se presentaron solos (en plena campaña sobre las «vacas locas», lo que debía haberles favorecido) obtuvieron el 2,2%. Sergio D'Antoni, ex líder del sindicato centrista de la Confederación Italiana de Sindicatos de Trabajadores (CISL), segunda central obrera del país, debutó con Democracia Europea, pero a pesar de estar apoyado por un supporter de excepción como Giulio Andreotti, sacó un 2,4%. Tampoco le fue mejor al popular ex fiscal de Manos Limpias, Antonio Di Pietro, personaje a quien en 1997, después de abandonar la magistratura, las sociedades de análisis de opinión atribuían, de haber constituido un partido propio, un 15% de los votos. Su Italia de los Valores alcanzó el 3,9% de los votos. Ninguna de estas listas, pues, incluida la ya citada Liga del Norte, obtuvo una representación propia en el Parlamento.

A juicio de los analistas, esto significa que entre los electores está prevaleciendo la idea del sistema mayoritario, lo que se supone que arrinconará por un tiempo la nostalgia del sistema proporcional, muy propia y congenial en un país donde el poder

ha sufrido y sufre todavía, para bien (la representación de las minorías) y para mal (la ingobernabilidad), una fragmentación desconocida en los demás Estados europeos.

La derecha italiana

Con el resultado del 13 de mayo, Forza Italia ha ocupado definitivamente el espacio político que fue de la Democracia Cristiana desde 1945 hasta 1992, tanto en porcentajes electorales como en composición social, incluida, si no la asunción de los principios católicos, sí, por lo menos, el favor y la colaboración del Vaticano.

El segundo partido de la coalición es Alianza Nacional, un partido postfascista con fuertes aspectos neoliberales, populistas y residuos autoritarios, que incluye a un núcleo de nostálgicos hasta hoy mantenidos a raya por el sagaz Gianfranco Fini, secretario del partido y actual vicepresidente único del gobierno. Es poco probable que AN provoque problemas de tipo histórico-nostálgico, ya que en 1994 y 1995, cuando el MSI se transformó en Alianza Nacional, los ultras fundaron un nuevo partido de extrema derecha, el MSI-Llama Tricolor, liderados por Pino Rauti, con relaciones con la ultraderecha extraparlamentaria. En un gabinete neoliberal y populista como el de Berlusconi, es probable que Fini y su partido deban actuar como defensores de los aspectos más sociales de las políticas económicas liberales, aportando a Forza Italia – que algunos definen como «el partido-empresa»– un alma que no tiene ni podrá tener nunca.

Las dificultades podrían surgirle al ejecutivo nacional por parte de la Liga del Norte de Umberto Bossi, un partido que ha pasado del 10,1% del electorado (1996) al actual 3,9%. La Liga ha interpretado la pérdida de casi la mitad de los 3,8 millones de votos que tenía como «un sacrificio aportado a la coalición de centroderecha», para que el ejecutivo asuma la iniciativa de lo que Bossi llama con el término inglés devolution y también «federalismo». En realidad significa que todas las regiones italianas puedan gozar, voluntariamente, un nivel de autonomía parecido al de Cataluña y Euskadi. En este sentido ya fue aprobado un proyecto por el Senado al final de la pasada legislatura, pero al haber tenido a disposición, como prevé la Constitución, seis meses de pausa para repetir el voto, la modificación constitucional deberá ser sometida a referéndum popular este otoño.

La izquierda italiana

El Olivo es una coalición de centroizquierda compuesta por dos patas: una derecha (La Margarita) integrada por cuatro partidos centristas y una izquierda formada por dos partidos, los excomunistas (DS) y los comunistas del PdCI. En su conjunto la coalición ha conseguido en los pasados comicios casi los mismos votos con los que en 1996 ganó las elecciones, pero al estar diferentemente repartidos en el territorio, sacó menos porcentaje y menos escaños.

El candidato natural a jefe del gobierno a contraponer a Berlusconi era el exsocialista Giuliano Amato, porque su gobierno estaba actuando bien y porque la persona representaba como ninguna otra las varias «almas» de la coalición. Sin embargo, al tener que entrar, o al querer hacerlo, en el juego berlusconiano de la imagen y de la apariencia, El Olivo optó por un candidato más seductor y por lo tanto

telegénico, Francesco Rutelli. La elección reforzaba, de paso, la pata centrista de la coalición, permanentemente turbada por un complejo de inferioridad frente al gigante de los DS (exPCI y exPDS).

La Margarita aportó a la campaña electoral el catolicismo progresista (PPI), el desarrollo sostenible de los Verdes, un residuo del socialismo auténtico del SI y algunos poderes fácticos, como masonería y finanzas internacionales, a través del RI. La pata izquierda (DS y PdCI) aportó el buen gobierno de cinco años. Algo ciertamente poco visible y menos aún excitante. «¡Decid algo de izquierdas, por favor!», decía un repetido eslogan de la campaña electoral usado por viñetistas y escritores progresistas dirigido a Rutelli y a los desorientados líderes de la izquierda. Nadie fue capaz de decir, no ya de una manera seductora, sino incluso sólo en alta voz y frente a una cámara, qué significa hoy ser de izquierdas o progresista y en que se distingue semejante opción de las otras. «Los DS duermen», escribió Rossana Rossanda en la primera página de *Il Manifesto*. «El problema de los DS es la identidad», diagnosticó el comentarista Curzio Maltese. Umberto Eco no supo ir más allá de una invitación a votar, porque «no podemos abstenernos del referendo moral», entendiéndose, «sobre Berlusconi».

En realidad nadie tenía la respuesta y menos aún una certeza parecida a la de la derecha berlusconiana, que llegó incluso a vender como «una revolución» su proyecto de modernizar el Estado italiano, que es lo que desde 1996 había estado haciendo día a día *El Olivo*. La cuestión trascendía, y trasciende seguramente, las fronteras italianas y no podía resolverse durante una campaña electoral. Las varias reuniones de los líderes progresistas del mundo (New York, Florencia, Berlín) han evidenciado una búsqueda que seguía caminos tan diferentes como podían ser los de Bill Clinton y Lionel Jospin. La pata izquierda de *El Olivo* no supo, pues, ni quizás pudo, presentar ninguna idea que entusiasmasse a los 3 millones de jóvenes que votaron por primera vez, pero tampoco consiguió retener a los obreros metalúrgicos y a los portuarios. El 60% de los inscritos en la CGIL, el primer sindicato del país, análogo a CCOO, es lo que antes se llamaba «clases pasivas».

Tras las elecciones los DS empezaron a enzarzarse en un ajuste de cuentas más bien suicida, en vista a un próximo congreso, en el que se disputarán, no sólo la secretaría del partido, sino dos distintas ideas del progresismo, uno socialdemócrata y otro light a lo Tony Blair. Como telón de fondo, la posibilidad de fundir Verdes, SI, PdCI y DS en un solo partido. «Si la pobreza ya no genera revoluciones», ¿qué las puede generar, en el supuesto que una doctrina política se proponga mejorar la sociedad?

Conflicto de intereses

El éxito electoral y popular de Silvio Berlusconi plantea, además del citado desplazamiento de la política a manos directas del capital, otras cuestiones urgentes: el conflicto entre los intereses privados del empresario Berlusconi y los intereses públicos que representa como jefe del gobierno. No se trata de cuestiones bizantinas ni folklóricas, sino de cuestiones destinadas a constituir un grave problema para la historia de la democracia si el fenómeno contagiase a otros Estados.

Cuando en los próximos meses el gobierno italiano de centroderecha legisle sobre materias como televisión, prensa, grandes superficies, seguros, cine,

inmobiliarias, construcción, reciclaje de basuras y residuos industriales, etc., resultará imposible no preguntarse hasta que punto un nuevo decreto, o una nueva ley, favorecerá más o menos a los intereses particulares del ciudadano Berlusconi. El conflicto se volverá aún más preocupante cuando la Abogacía del Estado, que sigue las órdenes que le da el gobierno de turno, tenga que decidir si se constituye como acusación particular en los procesos judiciales, ya anunciados o todavía por decidirse, contra el ciudadano Berlusconi. Por no citar la despenalización del delito de falsificación de balances de las empresas («cuando no perjudique a los accionistas») prevista en el programa del actual ejecutivo, delito incluido entre los máximos que puedan cometerse en una sociedad de libre mercado, ya que atañe a las reglas del juego del capitalismo democrático, delito del que el ciudadano Berlusconi quizás tenga que responder un día frente a la justicia penal.

La victoria del centroderecha italiano plantea, pues, dos cuestiones inmediatas: la gestión directa de la «res publica» por parte del capital, prescindiendo de la mediación de la política y la situación personal del señor Berlusconi. Ambas cuestiones desbordan también las fronteras italianas porque afectan a los frágiles mecanismos en que se apoyan los sistemas democráticos y, por lo tanto, al futuro de la política, y porque atañen al valor que hay que dar, en la convivencia social, a la observación de las reglas del juego. Berlusconi y sus abogados, que son también parlamentarios e incluso viceministros, han resuelto de forma simplista la segunda cuestión, afirmando que «la respuesta a los problemas judiciales la han dado los 11 millones de electores que han votado a Forza Italia». Habrá que preguntarse hasta qué punto unos sistemas democráticos pueden permitirse el lujo de aceptar un populismo que prescinde de las instituciones propias de un Estado moderno invocando una vox populi fácilmente manipulable con los sistemas mediáticos modernos. No se puede olvidar –caso también único en Occidente– que el jefe del gobierno de Roma controla actualmente las tres únicas emisoras privadas de televisión de alcance nacional e, indirectamente, las tres del Estado.

Entrando en política, en 1994, Silvio Berlusconi rompió una regla no escrita de las democracias representativas por la que el capital no debe administrar la mediación, que es oficio de las clases políticas. El proyecto no cuajó, principalmente a causa de la inexperiencia y de la limitada mayoría electoral conseguida y, por eso, muy dependiente de los votos de la caprichosa, xenófoba y secesionista Liga del Norte de Umberto Bossi. Aún así, el magnate de las televisiones logró resolver la cuestión de manera inmediata y urgente, ilustrada en público por el mismo interesado, por la que había decidido convertirse en político, al quedarse huérfano de Bettino Craxi, secretario del Partido Socialista Italiano (PSI) y su principal patrocinador, por entonces ya «exiliado» en Túnez. Poco después de los siete meses que duró el primer gobierno Berlusconi, sus holdings, que según todas las fuentes un año antes presentaban una deuda acumulada estimada entre 300 y 700 mil millones de pesetas, resultaron activos.

No quiere decir esto que aquel ejecutivo robó a los contribuyentes para fines privados. La cuestión es más sutil, pero no menos conflictiva y ejemplar sobre qué es, en concreto, el conflicto de intereses. Es suficiente recordar el caso de la colocación en la Bolsa de Valores de una parte del imperio mediático de Berlusconi, realizada sobre la onda del mandato gubernamental, que tuvo una gran popularidad entre los inversores y en la que seguramente influyó que su propietario fuese al mismo tiempo el jefe del gobierno. Aquel gobierno realizó además algunas operaciones más bien libres de prejuicios, como por ejemplo la aprobación de una ley conocida como

Tremonti 1 –nombre del ministro que la presentó– por la que se rebajaron considerablemente los impuestos sobre los beneficios que se reinvertiesen en la propia empresa. Una medida que los economistas consideran útil para favorecer el desarrollo empresarial. Pero, haciendo uso legal de la misma, dos sociedades de Fininvest, holding de las empresas de Berlusconi, hicieron una dudosa reinversión de beneficios entre sí mismas (el caso está siendo investigado judicialmente) gracias a la que el entonces jefe del gobierno se benefició privadamente con más de 30 mil millones de pesetas en concepto de impuestos ahorrados. Aquel ejecutivo renovó también, en favor de los editores y por otros 50 años, los derechos de autor del siglo pasado que estaban por caducar y que podían ser transferidos a la Propiedad Pública, como sucede generalmente en los Estados occidentales, o bien renovados en favor de los privados. El gobierno optó por dejarlos a los editores. Entre ellos se encontraban los derechos sobre los textos de los literatos más leídos (o sea comprados) en las escuelas públicas del país, muchos de ellos en manos de la editorial Mondadori, propiedad de Berlusconi. Otro caso conflictivo se insinuó cuando, presionado por la Unión Europea, por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial, el primer gobierno de Berlusconi proyectó una precipitada reforma (léase recorte) de las jubilaciones, sin previo diálogo social. Mientras, paralelamente y con desafortunada coincidencia, el semanario Panorama, propiedad del primer ministro, lanzó una amplia campaña ofreciendo planes de jubilaciones privadas propiciados por Mediolanum, una aseguradora perteneciente a Fininvest.

En el laboratorio italiano se están gestando en este otoño dos cuestiones políticas importantes de cara al futuro. A largo plazo, una posible vuelta a una moderna Edad Media por la decadencia de las clases políticas sustituidas por los representantes directos del capital. A medio plazo, la capacidad de los ex marxistas y socialistas de dar una respuesta progresista a las aspiraciones de unas clases pobres, que ya no serán las que conoció Karl Marx, pero que siguen estando sometidas a los sistemas productivos, hoy tanto o más que en siglo pasado, porque los métodos son más refinados y los instrumentos de creación de consenso más poderosos.